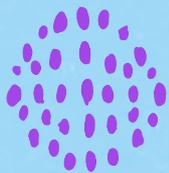


DARÍO
SZTAJNSZRAJBER



encuentro

MENTIRA
LA VERDAD.
FILOSOFÍA
CON EL CUERPO.

FILOSOFÍA



LA POSVERDAD

LITERATURA



EDUCACIÓN

LA POSVERDAD

Uno de los términos de mayor impacto y circulación de los últimos tiempos es el concepto de posverdad. Y sin embargo su supuesta novedad choca con su misma formulación ya que no se trata más que de un término compuesto por un prefijo y uno de los problemas más tradicionales de la filosofía: la cuestión de la verdad. ¿Pero qué es lo nuevo de la verdad? ¿No es contradictorio que haya algo nuevo con respecto a la verdad? ¿Qué nos está indicando ese post?

Se suele caracterizar al post como un descentramiento, como la pérdida de hegemonía de una categoría ordenatoria. Pero también, desde el pensamiento posmoderno, como una convalecencia -dice Vattimo- como una enfermedad de la que ya hemos salido, pero que nos deja marcas profundas; o sea, como la paradójica presencia espectral de algo perdido, de algo que se ha ido...

Por ejemplo, la “pos”guerra es el tiempo de una guerra que terminó, pero donde las ruinas aún continúan humeantes. O la sociedad “post”industrial no es el fin de las industrias, sino la pérdida de su centralidad en la economía. Sin embargo el post connota algo más: como todavía no hay nuevos conceptos, los viejos aún perviven en su fuerza explicativa, -aunque claro está-, ya están “muertos”

De allí, la espectralidad. Utilizamos categorías que ya no denotan, pero que todavía nos tranquilizan y ordenan. Como en ese relato que hace Nietzsche del Papa jubilado frente a la muerte de Dios: en vez de estar alegre, anda encorvado porque necesita encontrar un nuevo centro.

Podemos pensar a la verdad como un fantasma. Hemos deconstruido su pretensión de absoluto. Difícil que alguna disciplina sostenga verdades absolutas, y sin embargo en el lenguaje y uso cotidiano, seguimos usándola como si significara algo. Decimos por ejemplo que “la comida está caliente” y damos por supuesto el buen funcionamiento de la relación de correspondencia entre las palabras y las cosas. Hay una escisión entre el tratamiento filosófico que desconfía de los absolutos y la aceptación pragmática de que, aunque la verdad haya muerto, es cierto que la comida está caliente. Y me la como...

Este buen funcionamiento práctico de la verdad es una de las razones por las cuales sigue operando como un ideal positivo (“todos preferimos la verdad”), cuando en realidad podríamos pensarlo exactamente al revés: ¿y si la verdad es siempre un artilugio del poder? Nietzsche sostiene que “no hay hechos, sino interpretaciones”.

Si Nietzsche tiene razón y asistimos a una disputa de interpretaciones, ¿no termina siendo la verdad la proclamación de la interpretación vencedora?

No se trata de negar la realidad sino de entender que siempre accedemos a ella interpretando. Ahora, ¿una interpretación es una verdad? Nuestra época es un tiempo de interpretación, ya que lo mediático y lo virtual se han vuelto ontología. ¿Pero se puede seguir hablando hoy desde la verdad? ¿Desde dónde hablamos? ¿Qué queda de lo real? ¿Cuál es la fuerza del dato, de la evidencia, de la constatación empírica? ¿Cuál es el límite para interpretar? ¿Hay límite? ¿Es lo mismo interpretar que mentir?

A diferencia de su versión más extendida, denominamos “posverdad” al horizonte de sentido que se abre con la muerte de la verdad. Frente a este acontecimiento, rápidamente se suscitan dos experiencias antagónicas: o bien, me encierro en mi subjetividad previa y justifico todo desde allí; o bien, me abro al encuentro con el otro que me desarticula y me saca de mi mismo. O bien me ensimismo en las convicciones de las que provengo y las convierto en matriz desde la cual interpretar cualquier fenómeno, o bien me dejo contaminar por la diferencia y asumo la contingencia de todos mis enunciados.

Claro que asociamos posverdad a la primera postura y le damos solo una lectura negativa: no solo me aferro a los dispositivos previos que constituyen mi subjetividad, sino que la proyecto incluso en situaciones donde una multitud de datos me exigen como mínimo una revisión. Posverdad sería entonces la voluntad de querer siempre confirmar lo que uno ya previamente piensa. Total, los datos al final son maleables y se adaptan...

La posverdad nos conduce así a una categoría asociada: el autoengaño, el mentirse a uno mismo. Y a su pregunta fundamental: ¿somos conscientes de que nos estamos autoengañando? O más bien: ¿se puede ser consciente del autoengaño?

Si defendemos un modelo económico, ¿no vamos a leer todo número siempre desde aquel marco previo? Si deseamos fuertemente algo o a alguien, ¿no vamos a hacer encajar siempre cualquier manifestación a lo que el deseo insiste? La persona que amo ya no me ama más, pero un día me llama para pedirme el teléfono de un médico: ¿no voy a leer ese llamado desde la expectativa del regreso del enamoramiento?

Pero de nuevo, ¿sabemos que nos estamos autoengañando? El que se engaña a sí mismo, en algún lugar sabe que lo está haciendo. Es más, si no lo supiera, en

realidad ya no se trataría de autoengaño, sino de la verdad misma. Tremenda conclusión: llamamos “verdad” al autoengaño que cumple con su cometido. Por eso en el autoengaño, siempre en algún lado sabemos que nos estamos mintiendo. Lo que decidimos es minimizarlo, justificarlo.

El autoengaño sin embargo resulta incomprendible si no analizamos una de sus fuentes fundamentales: la mentira. Así, pensar la verdad nos lleva a pensar la mentira. ¿Es la mentira lo opuesto de la verdad?

Podemos contraponer a la verdad, como mínimo, con cinco términos diferentes: la falsedad, el error, la apariencia, la ficción y la mentira. Como explica Derrida en Historia de la mentira, el opuesto de la verdad no es la mentira sino la falsedad, ya que mentir no es tanto una cuestión de información como de intención: el que miente sabe la verdad, pero no la dice. Es un tema de la voluntad, una cuestión ética. De hecho, puedo estar diciendo falsedades sin estar mintiendo (porque me equivoco, por ejemplo), o bien puedo estar diciendo verdades con el solo afán de engañar, o sea de mentir.

Si la verdad no es más que la mentira más eficiente, la conclusión es mucho más contundente: la mentira no existe. O solo existe en la medida en que es desenmascarada. O sea, cuando nos damos cuenta de que nos están mintiendo. O sea, cuando deja de funcionar como mentira. O sea, existe cuando no existe.

Es que lo opuesto a la mentira no es la verdad sino la veracidad: la intención de decir la verdad. Pero como se trata de intenciones, se nos vuelven incomprobables. Nadie puede demostrar que el otro esté mintiendo, ya que siempre podemos justificar nuestro desliz en un error involuntario. Siempre podemos justificar: el autoengaño llega así a su clímax.

Deconstruir la verdad no es avalar un mundo de mentiras, sino comprender cuán poco precisa es la frontera entre la mentira y la verdad. Si algo reveló la posverdad es que tanto la mentira como la verdad en sus formas tradicionales no han sido más que estrategias para encerrarnos en nosotros mismos y anular la presencia del otro. Pero una sociedad democrática es siempre del otro. Si para Nietzsche lo que se hace por amor, se hace más allá del bien y del mal; tal vez podamos concluir que lo que se hace por el otro, se hace más allá de la mentira y la verdad...

MENTIRA LA VERDAD. FILOSOFÍA CON EL CUERPO.

CAPÍTULO: LA POSVERDAD

https://www.youtube.com/watch?v=9DOPiMBSUME&list=PLZ6TIj4tHEIu8WJ6RxMGdLU-mRXD_GVVk&index=6&ab_channel=CanalEncuentro

